

“No sé quién es usted señor. No sé quién soy yo. O tal vez lo había olvidado. Quizás nos convertimos en lo que tememos ser en las miradas de otros. Vivimos para no vernos hasta que dejamos de ser nosotros. Y un día ya no estamos ni en los espejos. Porque no importa quienes somos. O quienes podemos ser. Usted me ha encontrado señor. O me he encontrado en usted, y he sabido que estaba desesperada por volver a ese lugar que sólo en mi música y en mis letras respira y sobrevive. Quizás nunca lo conozca, quizás nunca sepa más de usted que sus versos. Esos versos suyos que explican su generosidad o su comprensión. O algún arrebato inexplicable que por azar le ha permitido salvar por un momento mi primera inocencia, la olvidada esperanza, la ilusión sin urgencia, el sentir sin obligación, el valer sin cambiar, el deseo sin perfección. Ojalá en estas humildes líneas, pobres y ciegas al lado de sus versos, sienta que alguien que no lo conoce llega a ese lugar de su alma donde usted ha sido capaz de hacer brillar a la oscuridad.”

.....

Sentada en su escritorio de la casa paterna a la que había regresado, a casi dos años de dejar Cookham, un 20 de junio de 1607 Aemilia comenzó las notas preliminares de su libro.

“Seré irónica. Diré que me excusen por la falta de erudición que corresponde a mi sexo. Pero desplegaré mi erudición. Hablaré de lo divino, pero de la divinidad de las mujeres también. Hablaré de la injusticia implícita en la sucesión de títulos aristocráticos entre hombres y no por méritos y virtud.”, planeó. Y comenzó a escribir.

“¿Qué diferencia había cuando el mundo comenzó?

¿No era la Virtud la que lo distinguía todo?

Todo había nacido de una mujer y un hombre.

¿Entonces quién es el que puede arrogarse el derecho de decir qué nacimiento se distingue y cuál no, antes de que el valor haya ganado el honor? ¿Acaso nuestro señor Jesucristo no nos honró a las mujeres al elegir ser procreado por una mujer sin asistencia de un hombre? Nacer de una mujer, ser alimentado por una mujer, ser obediente a una mujer ¿Acaso él mismo no curaba mujeres, perdonaba mujeres, confortaba mujeres? ¿Acaso no se apareció primero ante una mujer luego de su resurrección y envió a una mujer a declarar su más gloriosa redención al resto de sus discípulos?”

“A los hombres les hablaré”, decidió.

“Déjennos recuperar nuestra Libertad, y desafíense a sí mismos a no tener soberanía sobre nosotros. Ustedes no vinieron a este mundo sin nuestro dolor, hagan de eso una barrera contra su propia crueldad. Siendo más grande su culpa, por qué deberían desdeñarnos como sus iguales y negarnos ser libres de su tiranía?”

La última luz de la tarde apenas la asistía. Se levantó del escritorio y fue por una vela. Su mente estaba inquieta pero clara a la vez. En menos de una hora

regresarían Alfonse y el pequeño Henry de tocar en el palacio. Aprovecharía para agregar unas líneas más.

“Quizás mi señora la Condesa de Cumberland le de apoyo a mis escritos. Claro que lo hará. La buscaré con mi manuscrito. Quizás se lo comente ella misma a la reina y quizás la reina me tenga en cuenta. Lo sé. Lo siento. No importa cómo.” Con el candelabro en su mano volvió al cuarto y en la última línea de esa primera página anotó:

“Mi poesía permanecerá en el mundo muchos años más que mi Honor o yo misma pueda vivir, y será una luz para los que vengan después”.

.....

-No sé qué es el amor Aemilia. Quizás escribo para saberlo, para invocarlo, para entenderlo. O por envidia de los que lo entienden. O por generosidad para quienes puedan conocer el secreto que me es vedado. Sí sé, que pienso en usted desde aquella noche. Sé que admiro sus dones, su música, sus escritos, las palabras que elige, las lecturas que esconden, su inocencia y sus licencias, y que mi mente apenas se aparta de usted y que todo la involucra y que podrían cortar mi cabeza por estar aquí esta noche. Y que usted no es la encarnación de Venus, ni la majestuosa Gloriana, pero nada de eso hace falta, porque me rinde a sus pies que sólo sea usted, simplemente usted, una mujer parecida a la noche.

.....

William tenía la chispa de la creación, la ternura de algún dios emocionado, la pasión de un animal noble, y las palabras más extraordinarias que alguien hubiera osado combinar.

.....

Sólo había conocido el arte en las musas que imaginaba. Ninguna mujer de la tierra le había hecho sentir la materialidad de las palabras, la humanidad de la música, la pertenencia de una estirpe. Él, que no tenía estirpe, que siempre había sentido como el pájaro siente el vuelo la capacidad de ver el corazón de los hombres, de comprender sus secretos, de dilucidar sus intenciones, había llevado eso a la caudalosa imaginación que lo poseía, a la creación de historias que se contaban en su cabeza como si las atestiguara, al disfrute por hilarlas como una trama perfecta y sorprendente, parecida a la vida, plena en contradicciones, fiel a la naturaleza de las almas antes que a su juicio. Esa era su única estirpe. Y su torbellino solitario había cesado al sentir que ella podía entenderlo y que ese mundo, de alguna manera, los contenía. “¿Sólo unas pocas cartas pueden darme esta seguridad?”, se preguntaba. Se la daban. Se respondía.

.....

Aemilia esperó que subiera la escalera y escondió entre sus ropas la carta que había encontrado bajo la tapa de las teclas. Era verdad que había bajado a tocar, pero no había podido ejecutar ni una nota al descubrir el recado. Supo inmediatamente que ese hombre había estado allí escuchándola esa noche. Habían estado tan cerca. Él existía. A veces sentía que sólo pertenecía a su más secreta imaginación. Recorrió con la memoria los rostros presentes en la velada.

Volvió a hacerlo una y otra vez. Buscó en las manos que aplaudían, acaso unas manchas delatoras de tinta. El papel no tenía manchas entre las líneas, pero sí en los márgenes. Tenía que saber quién era ese hombre. Intentó pensar desde dónde la había mirado. Encontrarlo con el pensamiento. Cerró los ojos tratando de imaginar. Ella, que había dejado atrás las sutilezas del cortejo, que se sabía mirada como alguien que ha convertido sus favores en el bien de su sustento, que no tenía para ofrecer blasones, ni sangre azul, ni candidez virginal. Ella que había pagado todos los precios para hacer valer su música y para que se reconocieran de a poco sus letras, sentía de pronto aflojarse los engarces de su armadura por las ternuras de unas cartas. Cartas que llegaban a un lugar de su alma que no había manchado la adversidad. Cartas que eran mejor que un perdón. Quería imaginarlo. Pero ya le resultaba insoportable imaginarlo. Su insaciable anhelo le impedía esos gozos de la inmaterialidad. ¿Quién era el hombre que le leía el alma y la mente? ¿Quién era el hombre que entendía quién era ella? ¿Quién era...? Se sintió única en la mera existencia de esos versos. Se sintió elegida en los sustantivos y acariciada en los adjetivos. Se sintió aceptada y entendida. No podía perder más tiempo. Subió presurosa a sus aposentos, guardó la carta en un cofre secreto y se preparó para cumplir con sus deberes con Henry Carey.